

Su padre, y un hermanito,  
se hallaban cortando leña,  
á los cua'es destrozó  
aquella maldita fiera.

La joven pudo escapar;  
a dar parte decidida  
al pueblo pudo llegar,  
angustiada y afligida.

A casa del juez llegó  
aquella joven hermosa,  
al punto parte le dió  
de aquella fiera horrorosa.

Al momento le preguntan  
por las señas de la fiera,  
y ella, con dulces palabras,  
le dice de esta manera:

—Tiene boca de león,  
los cuernos de toro bravo,  
pelo como una mujer,  
y las alas de pescado.

Las uñas como puñales,  
las orejas de cañero  
y en el rabo una cruceta  
que causa terror y miedo.

Yo, descuidada me hallaba,  
cuando la fiera salió  
del río, dando bramidos,  
y á mi padre destrozó.

Mi hermano quiso escapar,  
pero la fiera, con ira,  
también se apoderó de él  
detrozándola enseguida.

Al momento, el señor juez,  
ordena con ley severa

que salgan cincuenta moros,  
por ver si matan la fiera.

Cansados de caminar  
por todas aquellas praderas,  
ya se iban á retirar  
sin encontrarse la fiera.

Cuando en unos matorrales  
sale aquel monstruo feroz,  
y á cuarenta y siete moros  
con sus garras destruyó.

Y los otros que quedaron  
huyen con miedo fatal,  
asustados y aturridos  
de aquel terrible animal.

Cuando encuentran de improviso  
con una fuerte negrera,  
que del poblado venían  
por ver si matan la fiera.

Pero los otros le dicen  
con muchísima ansiedad:

—Volver atrás, que esa fiera,  
no hay quien la pueda matar.

Los otros, acobardados,  
al punto retrocedieron,  
echando todos á correr  
logran llegar hasta el pueblo.

Y al juez le piden justicia,  
dá parte al gobernador,  
de los destrozos causados  
por aquel monstruo feroz.

Y el gobernador ordena  
con fuerte serenidad,  
dar mil duros como premio  
al que lo pueda matar.

Fin de la primera parte.

# SEGUNDA PARTE

Al enterarse los moros que dan tanta cantidad, salen doscientos armados á matar el animal.

Al entrar en aquel bosque aque la gente negrera, con una ira terrible les amenaza la fiera.

Se tratan de defender de las garras de la muerte, pero de poco les vale á aquella indefensa gente, porque la fiera furiosa

deja terribles bramidos, á ciento cincuenta moros dejó en el suelo tendidos.

Los otros siguen gritando y á Mahoma exclamaban, y por correr más aprisa las escopetas tiraban.

Llegan al pueblo gritando diciéndole al señor juez:

—A matar ese animal, nos nos mande usted otra vez.

Entonces les dijo el juez: —Con fuerza y serenidad; no os queda otro remedio, que matar á ese animal.

Cuando la hueste negrera estas palabras decían, entran la confusiones de bajez y obardía.

Cuando al punto, una española, que todo lo estaba oyendo, se presenta al señor juez, estas palabras diciendo:

—Si usía tiene la bondad de darme lo que le pida, yo le doy muerte á esa fiera si no me quita la vida.

Necesito una escopeta y un machete bien cortante, para dar muerte á esa fiera terrible y horrorizante.

Al oír esto los moros, le dicen con ansiedad:

--Señorita, no se atreva, mire que la va á matar.

Callad, moros del demonio, no gritar con tanto alarde, que sois más grandes que Judas asnerosos y obardas.

—Callamos con la boca quieta, dicen todos ofendidos; aunque somos de color, también somos bien nacidos.

Sin atender á palabras marcha con serenidad, y toda la morería le van siguiendo detrás.

Pero al entrar la española en un monte muy cerrado, de moros y de negritos encuentra el suelo sembrado.

Pero ella, siguiendo delante, como si tal cosa fuera, cuando se halla de repente con aquella horrible fiera.

Detrás de un árbol se pone la española decidida, hace un certero disparo cayendo la fiera herida.

Luego, coge su machete, con arrogante valor, y le corta la cabeza á aquel animal feroz.

Y entonces la morería con ilusión verdadera, se acercaba dando gritos después de muerte la fiera.